

INFORMES ACADÉMICOS

La Tauromaquia y el Arte

La Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, radicada en Sevilla, una de las cunas de la tauromaquia, ha acordado hacer públicas algunas consideraciones orientadas a contribuir al esclarecimiento del cúmulo de falsedades que enturbian la obligada reflexión sobre la actual situación de la tauromaquia.

A este propósito, la Academia declara, desde la más abierta comprensión del concepto de arte, que la lidia y muerte de toros bravos en la plaza origina suertes y situaciones de rotundo carácter artístico. El toreo es una insólita creación humana en confrontación con un fiero animal, genéticamente seleccionado para la lucha, al cual con mínimos y livianos medios instrumentales desafía y domina la inspirada racionalidad del torero generando una explosiva belleza plena de ritmo y de imaginativa gestualidad. Y todo ello, eludiendo la sombría amenaza de un permanente riesgo mortal.

La corrida actual se originó desde mediados del siglo XVIII hasta culminar la transformación de las desgarradas y festivas celebraciones populares en un ritual de estricta observancia reglamentaria que encauza el tremendo juego de la suerte o la muerte. En la corrida palpita el “tenebroso rito mágico” de las cuevas prehistóricas que evocó Unamuno; la creciente admiración popular hacia la destreza y heroísmo de los toreros de a pie, alcanzando en medida incomparable con cualquier arte, uno de los ideales proclamados por las más apreciadas vanguardias contemporáneas: lograr una experiencia emotiva cuya intensidad suponga una ruptura total con lo convencional y cotidiano.

Tan imponente riqueza cultural y simbólica ha generado un enorme patrimonio en los principales géneros de las artes visuales, literarias y musicales. Todas ellas se han inspirado en la deslumbrante sensualidad ambiental y en la

inmensa tensión emotiva de las suertes y trances de la fiesta. Bastará citar algunos nombres señeros representativos de la pléyade de artistas que a lo largo de siglos han interpretado los ritos de la tauromaquia.

Habrà que aludir a la belleza arquitectónica de algunas plazas de toros, tanto por su antigüedad como por la pintoresca implantación urbanística de algunos cosos. La mención de obras escultóricas habría de remontarse a los misteriosos exvotos y bronce ibéricos, y tras algunos relieves medievales llegar a un grupo de grandes maestros de nuestro tiempo como: Pablo Gargallo, Manuel Hugué, Alberto Sánchez, Julio Antonio, Mariano Benlliure, Ángel Ferrant y Venancio Blanco. La nómina de pintores es espectacular, encabezada por dos genios universales: Goya y Picasso, junto a otros grandes artistas: Zuloaga, Solana, Vázquez Díaz, que han mostrado la inagotable flexibilidad de la pintura en todas sus modalidades – con importante papel del cartelismo –, así como de medios tecnológicamente modernos – la fotografía, el cine – para captar la bella instantaneidad de los lances, la brillantez del ambiente, la gloria de los triunfadores y el fracaso y la tragedia que amenazan a los protagonistas de la fiesta.

La fiesta es consustancial con la música; con la entusiasta vibración popular de pasodobles y coplas, la hondura del cante y baile flamencos, así como la estilización sinfónica o la dramaturgia lírica de obras como “La oración del torero” (J. Turina) o la universal “Carmen” de G. Bizet.

Las más elevadas formas literarias: poesía, novela, teatro, ensayo, han alcanzado cumbres memorables sobre temas taurinos. Recuérdense, el “Llanto”, de García Lorca por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías y los poemas y ensayos de Rafael Alberti, los hermanos Machado, Gerardo Diego, José Bergamín, Tierno Galván y las novelas del norteamericano E. Hemingway.

Tan abrumador cúmulo de obras admirables en los principales géneros artísticos; tan portentosa orquestación de pasiones radicales no pudo dejar de generar un profundo contrapunto de reflexiones polémicas sobre la índole y significación de las corridas de toros. Una profunda crisis – la de 1898 – provocó una oleada de controversias sobre nuestro destino histórico y el rebrote de viejas diatribas antitaurinas (E. Noel). En la onda de esta dolorida autorreflexión, correspondió a nuestro gran pensador del pasado siglo – Ortega y Gasset – el papel decisivo de haber planteado el problema intelectual de la tauromaquia como una de las claves interpretativas de la historia española.

En nuestros días, inmersos en el torbellino de una crisis global que afecta a valores, economía, política y sentido del devenir histórico, de nuevo la tauromaquia es motivo de agrias polémicas. La fiesta no se defiende o rechaza

a propósito de propuestas de regeneración social o de superación de infortunios pasajeros. Por el contrario, las diatribas antitaurinas son munición ideológica en una abierta ruptura de hostilidades contra nuestra secular condición histórica, enmascarada además, por el sectarismo político nacionalista y los prejuicios del ecologismo y antihumanismo radicales.

Ante esta penosa situación, la Real Academia sevillana de Bellas Artes, compuesta por artistas creadores, mecenas y coleccionistas de las artes, expertos en conservación monumental, intérpretes musicales, historiadores y estudiosos de las humanidades, desea subrayar que, en obligada coherencia con su reconocimiento de la condición artística del toreo nombró Académico de Honor a Curro Romero, uno de los más populares y afamados diestros de la escuela sevillana. Asimismo, en idéntica actitud admirativa ante el ingente patrimonio cultural y estético de la tauromaquia, la Academia postula la profundización, al más alto nivel intelectual, en la historia de la fiesta, con especial énfasis en declarar la urgente necesidad de erradicar los innegables síntomas de corrupción que menoscaban su autenticidad e incomparable grandeza. Sin esta obligada depuración; sin renovar su vigorosa ética se degradará inevitablemente su deslumbrante estética, convirtiéndose en fraudulenta pantomima un acontecimiento único, una flagrante creación artística nunca rememorativa de hechos pretéritos, que en un ruedo luminoso y sombrío vence con arrojo y belleza el miedo a la muerte, cumpliéndose con ello uno de los paradigmas más grandiosos y audaces de la condición humana.

